

EDITORIAL

LA RESPONSABILIDAD DE LOS CIENTIFICOS (II)

En uno de nuestros primeros editoriales (vol. 1, nº 3) abordábamos ya la cuestión de la responsabilidad de los científicos, haciéndonos eco de un manifiesto de físicos del mundo entero contra la carrera de armamento nuclear. Queríamos así dejar constancia de nuestro rechazo del mito de la neutralidad de la ciencia y de su uso como coartada en la creciente subordinación de la ciencia a una política armamentística y de degradación del medio.

Cada vez resulta más evidente que nada justifica un estatuto especial para los científicos que les permita hacer ciencia en torres de marfil. Esta es una cuestión que, por lo demás, está muy directamente relacionada con la problemática específica de nuestra revista: la imagen neutra, puramente operativa de la ciencia que se ha querido transmitir, es una de las causas del actual y creciente rechazo hacia su aprendizaje. Recientes investigaciones en la didáctica de las ciencias están mostrando la necesidad —para superar este rechazo— de que la enseñanza ponga de relieve los aspectos controvertidos de la actividad científica, sin esconder los más conflictivos.

Plantear la cuestión de la responsabilidad de los científicos no es únicamente, como vemos, una exigencia ética, sino un requisito esencial para una enseñanza efectiva. Hoy queremos, sin embargo, ir más allá de la consideración de esta responsabilidad: ¿puede un científico mantenerse al margen de graves acontecimientos sociales que *no* tocan directamente a su ámbito de actividad, como, por ejemplo, la política de apartheid? En un momento en que la casi unanimidad de las voces se alzan para condenar dicha política ¿puede la comunidad científica permanecer impasible? ¿se puede aceptar la presencia en un congreso internacional de representantes del gobierno racista de Pretoria?

Precisamente, una iniciativa de relevantes investigadores en la didáctica de las matemáticas —de la que nos hacemos eco en la página 278 de este número— plantea el boicot de los representantes de Sudáfrica en congresos y revistas de ámbito internacional y, en particular, en el próximo International Congress on Mathematics Education que ha de celebrarse en Budapest en 1988.

Se trata de una medida absolutamente oportuna hoy, que debería ampliarse a todo tipo de encuentro científico, dando así muestras de la misma sensibilidad ante los problemas sociales que se da ya en otros sectores profesionales.

Contra esta medida no se puede argumentar la existencia, indudable, de muchos científicos sudafricanos antirracistas: son, estamos seguros, los principales defensores del boicot. Tampoco se puede utilizar el argumento de que la ciencia ha de ser un factor de unión entre los hombres, por encima de divergencias políticas, etc. Este es, sin duda, un objetivo válido para casi todas las actividades humanas. Pero hoy el apartheid no constituye una «divergencia política» más, sino algo rechazable —y ya rechazado— desde, casi, cualquier óptica y actividad. Los científicos y los educadores no podemos permanecer al margen.